

Del

TRIUNFO

por el Dr. Juan Cueva García

Ultimo de la serie "La América que Podemos Hacer"

Tiempo de lectura: 7 m. 25 s.

MIRA ahora a los que te han precedido en el viaje a través del mar de la existencia. ¡Cuántos naufragos hay en la orilla triste y brumosa! ¡Cuántos que, al sentirse hundir se han rendido para siempre! ¡Cuántos con el corazón desmayado de esperanza, los ojos cansados de la vigilia, las líneas de la cara llenas de amargura y de desaliento, elocuentemente diciéndonos cuán trágica les ha sido la vida! ¡Cuántos llevan la ropa, las uñas, los dientes, la barba en abandono supremo! ¡Cuántos pies se arrastran a lo largo de la playa en un cansancio agotador, y cuántos brazos han caído ya exhaustos!

Torna la vista ahora a los hogares que construyeron las generaciones que te han precedido. Esos hombres, esas mujeres que ves, descontentos, irrazonables, irascibles, alejados unos de otros en uno como fermento de odio y asco de la vida, fueron un día, como tú eres ahora, felices en su juventud y en su esperanza; soñaron con un camino de rosas, de aves, de cánticos, con un cielo azul purísimo, campos hermosos y mares sin confín, donde vivirían más en contacto con la Naturaleza y se expandirían en comunión augusta con la Inmensidad, que es de limpieza, de luz, de comodidades y de lujos. Y en medio de todo, lo supremo de la vida: el amor, el amor tranquilo, sonriente, inefable, dulcísimo y fecundo; la compañía en una existencia sin dificultades, compañía perennemente amable—hasta la muerte—y que nada debilitaría o quebrantaría.

Pero vino un día que todos ellos recuerdan: la primera dificultad monetaria, y todo se derrumbó como castillo de naipes! Los sajones dicen que "cuando los acreedores entran por la puerta, el amor vuela por la ventana". Desgraciadamente la cuestión monetaria es inevitable, entre los pobres por mayor o menor escasez, entre los ricos porque, a los mordiscos del miedo, pierden el equilibrio y en arranque de ruindad baja y horrible, asesinan a Cupido.

Es, pues, necesario hacer dinero como parte esencial de la vida, como elemento que mantenga al Dios Amor dentro del hogar, como parte integrante de la felicidad.

Y este dinero debemos hacerlo nosotros mismos, desde el primer centavo; hacerlo de la nada, como Dioses que somos.

Demasiado hombre eres para casarte por dinero, para hacer negocio con tu amor, con tu corazón y con tu hogar, cualquiera que sea el precio. Tú vales más que toda suma, tú puedes producir más que toda fortuna. Y hay en ti orgullo, pundonor, dignidad que te

impiden dejarte comprar, simplemente para evitar la lucha de la vida, mientras que tus amigos te marquen en la espalda con el epíteto de cobarde! Porque, ¿qué sería la vida sin lucha? ¿Qué haríamos si todos, todos nuestros deseos estuvieran satisfechos de modo tal, que no deseáramos ni movernos siquiera? ¡Morirnos, matarnos, si ya no hay más que luchar!

No; la vida es lucha, pero no debe ser lucha agria, sembrada de amarguras, de dudas, de terrores, de deudas que no se sabe cómo ni cuándo pagar. Debe ser una lucha alegre, vigorosa, saturada de fe, de confianza.

Derecho tienes a vivir, a vivir feliz y rico; a viajar y a gozar, a nutrir tu alma de bondad, tu cerebro de luz y tus bolsillos de medios con que puedas conseguir lo que razonablemente necesites.

¿Por qué no has de tener todo eso? ¿No hay en tu alma un anhelo de amor, de paz y de bienestar? ¿Por qué no has de tener el derecho de satisfacer esos anhelos?

¿Y por qué no los han satisfecho muchos de los que pasaron delante de ti? Porque así como los franceses en el Canal de Panamá ignoraron la manera de sanear y de extirpar la

sino, más aún, la Confianza y la Fe, como una nueva luz vívida, esplendorosa, que la guíe tranquila en el proceloso mar de la existencia, valle de lágrimas como lo llamaron los melancólicos del pasado y que nosotros denominamos la dicha de vivir, de gozar, de triunfar, de atravesar por fin el umbral que nos conduce a la Eternidad, no con miedos ni con pequeñeces, sino como triunfadores, con la conciencia de que hemos tenido un objetivo por el que valió la pena de vivir y luchar, de que hemos llenado honradamente nuestra misión, de que hemos gozado, sido felices y hecho felices a otros, de que pasamos de una luz a otra luz, de una sonrisa a otra sonrisa, de una puesta magnífica de sol a una aurora radiante y primaveral.

Te quiero audaz, te quiero resuelto, te quiero rebelde, te quiero desafiando insolente al Destino y a la Pobreza, en ademán bravo, "midiendo al campo que al combatir y que al vencer destinás", ahogando las ruindades y nimiedades de la vida en un mar sin límites de Fe y de Confianza.

Fe en ti y fe en la Humanidad. Fe en Dios y fe en que el mundo marcha constantemente a sus Grandes Destinos y en que tú

bres y mujeres, sino de gozar como un ser racional o, si quieres como un ser inteligente, ya que sólo la inteligencia te separa de los brutos. No busques el goce egoísta que estrecha el criterio y torna ruín el alma más noble, sino que trata de servir a lo grande, en la medida entera de tus posibilidades.

Quiero que ames la vida y el placer y que con tu talento, tu bondad, la lucidez de tu cerebro tranquilo y la ecuanimidad de tu corazón amplio, recobres para nuestra raza el más grande de los imperios, por medio del triunfo de la confianza sobre el miedo.

La duda mata el éxito, la fe te vuelve un ariete irresistible. Tu gran fuerza no está en no haber errado, sino en enderezar el rumbo sin exaltarte, ni deprimírte; en levantarte otra vez y en recobrar la potencia de tu alma indomable.

Mas no imagines que esta Fe y Confianza significan ociosidad, petulancia o arrogancia. En primer lugar, "la fe sin obras es muerta", "a Dios rogando, con el mazo dando". En segundo lugar, todos los hombres en quienes arde a la continua esta fuerza triunfadora son trabajadores, modestos y sencillos. La fe que produce es como la de Lincoln, de Edison, de Ford y de Woolworth. La confianza es tranquila, asentada, sin pretensiones. Es algo tan natural en quienes logran adquirirla, como lo es para ti caminar. ¿Por qué no dices arrogantemente que sabes caminar? ¿Porque te parece que no hay nada de qué estar orgulloso en ese acto subconsciente que te costó meses de aprendizaje, de golpes y de caídas? Pues asimismo no hay por qué volverse impertinente por poseer confianza en sí mismo, por haber encontrado una nueva fuerza que—como la electricidad—no es ni será jamás tu propiedad exclusiva. Por último, sólo los tontos, los cerebros vacíos o demasiado juveniles son presuntuosos, petulantes, o carecen del dominio de sus emociones. Tén dentro de ti una fe irresistible, un fuego voraz; y, en contraste, mantén en tu exterior una modestia, una ecuanimidad constantes. Almacena así tu fuerza interior, las libras de presión de tu caldera de triunfador. Sé como nuestras cumbres volcánicas coronadas de alba nieve.

¡Paso al vencedor! ¡Aquí viene la juventud que redimirá el Hogar Americano, con el trabajo, el estudio, la visión clara y tranquila de las distancias por recorrer y, sobre todo, con Fe y Confianza!

¡Es la hora de los pensadores y de los hombres de acción! Bienvenida seas, juventud americana!

Estos artículos aparecerán
en forma de libro en la

Biblioteca de Alta Cultura

A 10 CTS. EL EJEMPLAR

fiebre amarilla, que tan profundamente contribuyó a su fracaso, así las generaciones que se fueron y que se van, ignoraron las leyes psíquicas que gobiernan la riqueza y la felicidad personal. Porque su manera de pensar, de ver y de obrar fué errónea. La diferencia entre el arruinado y el millonario estriba en la manera de pensar de uno y otro.

La aurora de un nuevo día ha asomado para el hombre. Feliz tú a quien le ha tocado surgir y crecer precisamente cuando la humanidad ha descubierto, no sólo los microbios y el saneamiento,

puedes y debes contribuir con todos tus haberes al progreso de la Patria y de las otras patrias.

Ten el valor de perder dinero, de buen humor. Ten el valor de encararte con las penalidades de la vida mirándolas de frente y sin pestañear. La vida es un ensayo, un juego. No es una desgracia tener que comenzar de nuevo, cuando todo se ha perdido. La desgracia es perder el Valor.

El dinero es un medio; no un medio de darte indigestiones, congestión del hígado, embrutecimiento cerebral, envilecimiento, o de comprar, como a bestias, a hom-